

Carta Pastoral



*Constructores  
de comunión*

Monseñor Celso Morgia Iruzubieta  
Arzobispo de Mérida-Badajoz

# Índice

<b>Saluda del Arzobispo</b>	<b>7</b>
<b>I. El amor cristiano</b>	<b>8</b>
El amor cristiano es amar de verdad	
No admitir un mal pensamiento de nadie	
Respetar y amar la libertad de todos	
<b>II. Dos actitudes previas</b>	<b>13</b>
Mirada compasiva a nuestro mundo	
Llamada a una conversión misionera	
<b>III. Comunión eclesial</b>	<b>18</b>
El bien de unos se comunica a los otros	
Los santos interceden por nosotros ante Dios	
<b>IV. La Eucaristía, corazón de la comunión eclesial</b>	<b>22</b>
La vivencia de la comunión eclesial es fuente de fortaleza	
Dejarse atraer por los brazos abiertos del Señor	
<b>V. Consecuencias de la comunión</b>	<b>26</b>
Apoyémonos mutuamente	
Con nuestros pecados influimos negativamente	
<b>VI. Lugares eclesiales para vivir la comunión</b>	<b>30</b>
La Iglesia católica se manifiesta en cada Iglesia Particular	
Las parroquias, células vivas de la Iglesia	
Comunidad solidaria	
<b>VII. Universalidad de la comunión</b>	<b>36</b>

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas, fieles todos de la Archidiócesis de Mérida – Badajoz,

1.- Cuando alguien a Jesús preguntó cuál es el primero de todos los mandamientos, Él respondió con total claridad y suma autoridad: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: «amarás al prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que estos» (Mc 12, 29-31). «Vino el Señor mismo –comenta san Agustín- como doctor en caridad, rebotante de ella, compendiando, como de él se predijo, la Palabra sobre la tierra y puso de manifiesto que tanto la ley como los profetas radican en los dos preceptos de la caridad. He aquí lo que hay que pensar y meditar, lo que hay que mantener vivo en el pensamiento y en la acción, lo que hay que llevar hasta el fin» (S. Agustín, *Tratado sobre el evangelio de san Juan*, 17, 7-9).

2.- Los Apóstoles, testigos del Señor, nos han transmitido con fidelidad esas palabras suyas hasta el derramamiento de su sangre en el martirio. Quedaron grabadas a fuego en su vida y en su mensaje. Así, San Juan, en su Evangelio y con mucha insistencia en sus cartas, subraya que debemos amarnos como Cristo nos ama: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1Jn 3, 16). Y eso que los apóstoles vieron y oyeron es lo que anunciaron «para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1Jn 1, 3). Comenta de nuevo san Agustín: «¿Somos nosotros menos afortunados que aquellos que vieron y oyeron? Y ¿cómo es que añade para que “estéis unidos con nosotros”? Aquellos vieron; nosotros no; y sin embargo estamos en comunión, pues poseemos una misma fe». (S. Agustín, *Tratado sobre 1ª Juan* 1, 3). Este dar la vida por los hermanos nos une con el Padre y con su Hijo Jesucristo, unión que nos llena de alegría. La alegría completa -según san Juan- es la que encontramos cuando vivimos esa misma caridad, esa misma comunión, esa misma unidad.

3.- Así mismo, san Pablo se hace eco en sus cartas a las primeras comunidades cristianas: «¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo desfallezca de dolor?» (2Co 11, 29). A sus amados filipenses, san Pablo les abre el corazón: «Testigo me es Dios de cuanto os quiero a todos vosotros con el afecto entrañable de Cristo Jesús. Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor crezca cada día más... colmad mi alegría, teniendo un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo, buscando todos lo mismo. Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin buscar el propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo: el cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojó de Sí mismo tomando condición de esclavo...» (Flp 1, 8; 2, 2-11).

### **I. El amor cristiano**

«Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 13, 34)

## **El amor cristiano es amar de verdad**

4.- El amor cristiano al prójimo, fundamento de la vida cristiana, tiene innumerables manifestaciones tanto en las relaciones mutuas entre los fieles como en la vida en sociedad de esos mismos fieles. Cada persona es *otro Cristo* y ello genera un movimiento de apertura y de servicio de cada fiel hacia los demás, amándolos con el mismo amor con que nos amó y ama Jesucristo, buscando generosamente el bien de todos y comprometiéndose en la edificación de una vida

*El amor cristiano al prójimo implica un corazón misericordioso, acogedor, magnánimo que sabe compadecerse y ponerse a la altura de las necesidades de los demás*

eclesial llena de amor, pero también de una vida social, económica y política, justa, conforme a la dignidad de cada hombre y cada mujer que pueblan la tierra, creados a imagen y semejanza del mismo Dios. El amor cristiano al prójimo implica un corazón misericordioso, acogedor, magnánimo que sabe compadecerse y ponerse a la altura de las necesidades de los demás. La misericordia cristiana es un factor indispensable para plasmar las relaciones mutuas entre los

hombres en la justicia, el respeto y la concordia, para crear un ambiente propicio para la vida eclesial, familiar y social.

5.- Podemos recibir a alguien sin acogerlo, porque recibir es un simple fenómeno fáctico, mientras que acoger es una actitud del corazón. Recibir no comporta ningún compromiso, acoger supone exigencia. Podemos recibir y olvidar enseguida a aquel que hemos recibido; si acogemos tenemos que estar a la escucha y disposición de aquel que ha entrado en nuestro círculo.

Podemos levantar defensas contra el recibir; el acoger, en cambio, nos deja inermes. Disponemos de aquello que recibimos; nos dejamos disponer por Aquel (aquellos) que acogemos.

6.- Insisto, el amor cristiano es un amar de verdad, sin hipocresías, ni tapujos al *otro*, como hermanos, con el mismo amor con el que nos ama Jesucristo, buscando el bien del otro y comprometiéndonos en primera persona en la edificación de su Reino, que lleva consigo también la edificación de una vida social, económica y política justa y digna del hombre, conforme al designio de Dios. Esto último es, lógicamente, tarea de todos los fieles, pero específicamente de los fieles laicos, y supone una formación seria, constante y respetuosa de las diversas soluciones que un mismo problema social, económico o político puede comportar. No solo la justicia, sino también la misericordia y el perdón son actitudes indispensables para plasmar las relaciones mutuas en la comunión, el respeto y la concordia.

## **No admitir un mal pensamiento de nadie**

7.- Amor concreto, afectivo y efectivo, que mueve a atender a los demás en sus necesidades e, incluso, hasta dar la vida por ellos, como hicieron nuestros sacerdotes y laicos durante los años 1936-1939, que esperamos ver prontos

*Pido al Señor para nuestra  
Archidiócesis un clima  
fraterno donde se eviten las  
críticas y murmuraciones*

beatificados por la Iglesia (Causa de don Tomas Carmona Gómez y compañeros). Saber querer no es cuestión de temperamento, de forma de ser («es que soy así y no puedo cambiar») ni de cultura, sino de virtud: de la virtud sobrenatural del amor que Cristo nos ofrece como don, dándonos su Espíritu, y de

las demás virtudes sobrenaturales y humanas. Un amor -cariño, diríamos en castellano- que, siendo sobrenatural, es muy humano, profundo, cálido, familiar, superior a todo protocolo o formalismo.

8.- Pido al Señor para nuestra Archidiócesis un clima fraterno donde se eviten las críticas y murmuraciones, donde no se admita un mal pensamiento de nadie, donde se realice una ayuda constante, que sabe pasar desapercibida. ¡Necesitamos este clima fraterno para evangelizar! Necesitamos la fortaleza que da la fraternidad cuando se vive con humildad, con sentido sobrenatural, donde no se pretende sobresalir ante los demás por orgullo tonto o por soberbia, sino que se pretende ser un siervo inútil que hace lo que debe hacer en cada momento. Esta es la fórmula de canonización que Jesús usa en el Evangelio (cf. Lc 17, 10). El salmo 133 (132) es un canto a esta maravilla de la unión fraterna: «ved qué dulzura, qué delicia que los hermanos convivan juntos...allí dispensa el Señor bendición, la vida para siempre» y los Hechos de los Apóstoles resumen repetidamente la vida de la primera comunidad cristiana con estas palabras: «la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32; cfr. Hch 2, 44 y ss.).

9.- Pido a Dios nuestro Señor que nos tengamos un cariño verdadero en toda la Archidiócesis, pero sobre todo en el presbiterio diocesano, también como fuente de nuevas vocaciones. La caridad verdadera no es reducible a sentimiento, pero el sentimiento, la afectividad recta están llamados a entrar en juego. No puede haber una caridad auténtica, verdadera, sin corazón; el amor cristiano no puede ser oficial, seco, sin alma, sino un amor que se expresa en cariño, ternura, atención, interés, cuidado.

### **Respetar y amar la libertad de todos**

10.- Compartir ilusiones pastorales, aunque cada uno las traduzca a su modo y estilo; compartir afanes humanos y personales en una charla fraterna con quien sabemos nos quiere bien y busca nuestro bien; respetar y amar la libertad de todos, también a nivel eclesial, en los asuntos y actuaciones que son de libre opinión; evitar tener acepción de personas; querer bien a todos, adelantándose a servir a los demás; vivir la comprensión, llena de delicadeza cristiana; el cuidado de los enfermos y de los que sabemos están pasando, por la razón que sea, momentos de dificultad; naturalidad y sencillez en el trato propio de la amistad y mil y un detalles más que cada uno tiene en su mente y que no es posible describir aquí; esos y otros parecidos son los rasgos típicos del amor cristiano.

11.- «Tened un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32), este es el *humus* para vivir la comunión eclesial; este es el objetivo particular que nos proponemos para este año, dentro del Plan Diocesano de Pastoral de la Archidiócesis, que trata de aplicar a nuestra realidad diocesana el Plan Pastoral 2016-2020 de la Conferencia Episcopal Española, en el 25 aniversario de nuestro Sínodo Pacense. Es un Plan Pastoral que, como os decía en la homilía de presentación en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Purificación de Almendralejo, no es «mío» ni «tuyo» sino «nuestro». Es responsabilidad de todos, es de la Archidiócesis. Vivimos en un nuevo contexto social, cultural y religioso cargado de retos, preocupaciones pastorales muy serias y difíciles, pero también lleno de buenas perspectivas y esperanzas como ha sido puesto de manifiesto en la encuesta previa a la redacción del Plan Pastoral, en la que participaron más de tres mil fieles de nuestra Archidiócesis. Dentro de este Plan nos hemos propuesto, para este año, reflexionar y esforzarnos por vivir mejor la comunión eclesial, vivir la comunión hoy en la vida de nuestra Archidiócesis y enseñar a vivirla como fuente de vida cristiana, que se difunda e influya en toda la sociedad extremeña en la que vivimos, en la medida de nuestras posibilidades reales.

12.- El primer signo que la Iglesia diocesana ha de ofrecer dentro del Plan Pastoral es el signo de lo que ella misma es: una comunidad de comunión que se presenta

*Todo en nuestra Iglesia  
diocesana y todos hemos de  
estar al servicio de... la  
comunión*

ante los hombres como expresión y signo del Reino de Dios. «La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión» (ChL 32). «La

suerte de la evangelización está vinculada al testimonio de unidad dado por la Iglesia» (EN 77). Esto significa que todo en nuestra Iglesia diocesana y todos hemos de estar al servicio de lo que es el núcleo del ser y de la misión de la Iglesia: la comunión. La comunión es indispensable como condición *sine qua non* para que la Iglesia sea reconocida como *su Iglesia*, como Iglesia de Cristo. Y, a su vez, este clima de comunión, querido por Cristo para su Iglesia, es condición indispensable para su misión: anunciar y realizar la salvación que nos viene de Jesucristo, como nos indicó el Sínodo Pacense hace ahora 25 años.

## **II. Dos actitudes previas**

«Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15)

### **Mirada compasiva a nuestro mundo**

13.- Pero antes de abordar directamente el primer objetivo de nuestro Plan, que es la comunión eclesial, es conveniente que nos detengamos todavía en dos actitudes previas:

La primera es *cómo* miramos este mundo que el Señor nos envía a evangelizar. Todo el Plan de la Conferencia Episcopal Española y, por tanto, también el nuestro,

tiene como fondo *una mirada compasiva a nuestro mundo; en nuestro caso, a nuestro mundo extremeño.*

14.- Se trata de evangelizar, de emprender de nuevo el camino evangelizador de nuestra sociedad con nuevas energías, con nuevo entusiasmo. Por ello debemos mirar el mundo y las personas concretas que tenemos delante. Desde la fe, nos dice el Plan de la Conferencia Episcopal, «tenemos que reconocer con dolor que hay en él ciertamente elementos negativos, contrarios a la voluntad de Dios y a las enseñanzas de Jesús». El Plan Pastoral de la Conferencia los va enumerando: poca valoración social de la religión, exaltación de la libertad y del bienestar material, predominio de una cultura secularista, subjetivismo, relativismo, cultura del «todo vale», poco sentido de la responsabilidad etc. Pero vemos también muchas más realidades positivas que Dios, con su gracia y la acción del Espíritu Santo, hacen crecer en el corazón de los hombres. No podemos dejarnos dominar por el pesimismo, sería pecar contra la confianza en Dios. «¡No nos dejemos robar la esperanza!» (EG 86).

15.- Merece la pena transcribir aquí algunos párrafos de un número largo del Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. Los transcribo convencido de que nos pueden ayudar a salir de nuestra natural comodidad, de nuestras experiencias negativas, de nuestros cansancios, etc., que nos retraen en nuestro interior para poder emprender de nuevo el camino e implicarnos más y mejor en la tarea de la

*Han de surgir iniciativas  
audaces y creativas que  
abran nuevos caminos de  
evangelización y de vida  
cristiana en la sociedad  
española*

evangelización: «La razón fundamental y decisiva para nuestra esperanza es la fidelidad y el amor de Dios. Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen a la felicidad de su gloria (cf. 1Tim 2, 4). Él es el principal protagonista de la historia de la salvación: Jesús. Jesús resucitado “constituido Hijo de Dios en poder” (Rom 1, 4), despliega en el mundo el poder de Dios con la difusión

del Espíritu Santo para gloria de Dios y salvación de todos los hombres. Jesús es el primero y el más grande evangelizador (cf. EG 12). Él despierta en los corazones de sus fieles los deseos y las disposiciones necesarias para que podamos llevar a cabo su obra redentora (cf. Mt 28, 18-20).[...] Tenemos la seguridad de que Jesús ha vencido al mundo; sabemos que Él, con la acción del Espíritu Santo, llega a los corazones de los hombres antes de que nosotros podamos pensar en ello.

Esta fe es la razón suprema de nuestra confianza [...] Dios no cesa de actuar en el mundo para el bien de sus hijos [...] Poco a poco, a partir de las antiguas instituciones renovadas y de las nuevas realidades con las que el Señor enriquece y fecunda a su Iglesia, han de surgir iniciativas audaces y creativas que abran nuevos caminos de evangelización y de vida cristiana en la sociedad española» (paginas 28-32).

16.- Nuestro Plan Diocesano traduce esta actitud con un mensaje similar: «nuestra Iglesia Diocesana de Mérida- Badajoz mira con gran amor y confianza a Jesucristo,

quien, siendo Dios, se hizo hombre en el seno de María; amante de los hombres, se hizo hombre por nosotros. En Él encuentra 'al primer y más grande evangelizador' (EN 7). De Él ha recibido la misión: 'id a anunciar el Reino de Dios para dar a conocer el Dios revelado en y por Jesús'» (RM 13).

### **Llamada a una conversión misionera**

17.- La segunda actitud previa es la que nos indica nuestro mismo Plan Diocesano con palabras del Papa Francisco: «Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia Católica bajo la guía del Obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta

*Estaremos y viviremos mal si  
no pedimos con humildad al  
Señor el perdón en el  
sacramento de la  
reconciliación*

de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella "verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica". Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación, dados por Cristo pero con rostro local» (EG 30). Es, en definitiva, la primera exigencia de la secuela Christi, del

seguimiento de Cristo: «Convertíos» (Mc 1, 15) para creer en la Buena Nueva, o lo que es lo mismo: seguir a Cristo. «Seguir a Cristo -como glosa el Papa emérito Benedicto XVI- quiere decir convertirse, entrar en el camino de la humildad [...], lo contrario de la humildad es la soberbia, como la razón de todos los pecados. La soberbia es arrogancia; por encima de todo, quiere poder, apariencias, aparentar a los ojos de los demás, ser alguien o algo; no tiene la intención de agradar a Dios, sino de complacerse a sí mismo, de ser aceptado por los demás y -digámoslo- venerado por los demás [...]. Ser cristiano quiere decir superar esta tentación originaria, que también es el núcleo del pecado original: ser como Dios, pero sin Dios: ser cristiano es ser verdadero, sincero, realista. La humildad es sobre todo verdad, vivir en la verdad, aprender la verdad, aprender que mi pequeñez es precisamente mi grandeza» (Benedicto XVI, Encuentro con los sacerdotes de Roma, 2012). Muchos siglos antes, san Gregorio Magno enseñaba lo mismo: «¡ay del hombre que va por dos caminos! Va por dos caminos el hombre pecador que, por una parte realiza lo que es conforme a Dios, pero, por otra, busca con su intención un provecho mundano» (san Gregorio Magno, Tratado moral sobre Job, 1, 36).

18.- Dios nos llama a una profunda conversión personal y misionera. Podemos vivir tiempo sin la misericordia de Dios, pero estaremos y viviremos mal si no pedimos con humildad al Señor el perdón en el sacramento de la reconciliación. «Es cierto -como nos ha dicho el Papa Francisco dirigiéndose particularmente a los sacerdotes- que puedo hablar con el Señor, pedirle perdón a Él. Pero es importante que vaya al confesonario, que me ponga a mí mismo frente a un sacerdote que representa a Jesús, que me arrodille frente a la Madre Iglesia, llamada a distribuir la misericordia de Dios. Hay una objetividad en este gesto, en arrodillarme frente al sacerdote, que en ese momento es el trámite de la gracia que me llega y me cura [...]. De las cosas más lindas que más me conmueve es la confesión de un sacerdote, es una cosa grande y bella, porque este hombre que se acerca para



confesar sus pecados es la misma persona que después presta su oído para confesar a otros.

19.- El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino es un regalo, es don del Espíritu Santo, que nos colma de la abundancia de la misericordia y la gracia que brota incesantemente del Corazón abierto de Cristo crucificado y resucitado. En segundo lugar, nos recuerda que sólo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en paz. Y esto lo hemos sentido todos, en el corazón, cuando vamos a confesarnos con un peso en el alma, con un poco de tristeza. Y cuando sentimos el perdón de Jesús, ¡estamos en paz! Con aquella paz del alma tan bella, que sólo Jesús puede dar, ¡sólo Él! [...]

20.- [...] Hay un día importante para mí. El 21 de septiembre de 1953. Tenía casi 17 años. Era el “día del estudiante”, para nosotros el día de primavera, para vosotros aquí es el día de otoño. Antes de acudir a la fiesta, pasé por la parroquia a la que iba; encontré a un sacerdote a quien no conocía, y sentí la necesidad de confesarme. Esta fue para mí una experiencia de encuentro: encontré a alguien que me esperaba. Pero no sé qué pasó, no lo recuerdo, no sé por qué estaba aquel sacerdote allí, a quien no conocía, por qué habría sentido ese deseo de confesarme, pero la verdad es que alguien me esperaba. Me estaba esperando desde hacía tiempo. Después de la confesión sentí que algo había cambiado. Yo no era el mismo. Había oído justamente como una voz, una llamada: estaba convencido de que tenía que ser sacerdote. Esta experiencia de fe es importante. Nosotros decimos que debemos buscar a Dios, ir a Él a pedir perdón, pero cuando vamos Él nos espera, ¡Él esta primero! [...] Tú vas pecador, pero Él está esperando para perdonarte. Esta es la experiencia que los profetas de Israel describían diciendo que el Señor es como la flor del almendro, la primera flor de primavera (cf. Jer 1, 11-12). Antes de que salgan las demás flores esta Él: El que espera. El Señor nos espera. Y cuando le buscamos, hallamos esta realidad: que es Él quien nos espera para acogernos, para darnos su Amor. Y esto lleva al corazón un estupor tal que no lo crees, y así va creciendo la fe. En el encuentro con una Persona; en el encuentro con el Señor» (Papa Francisco, Palabras a los sacerdotes en la vigilia de Pentecostés, 18. V. 2013).

21.- Con estas dos actitudes de fondo, la vivencia más sincera e intensa de la comunión eclesial nos debe hacer partícipes más plenamente de la vivencia de la vida de la Santísima Trinidad en nosotros, de la gracia divina y de la fuerza evangelizadora que da la unión -como fuente también de alegría- al sentirse cada uno, cada uno integrado en una familia sobrenatural que tiene su origen en el Amor de la Santísima Trinidad por los hombres, formando parte de un proyecto común, versos de un mismo poema; también como fuente de responsabilidad personal en una tarea a la que el Señor nos urge y de la que nos pedirá cuenta, donde nadie se sienta desplazado, inútil o desaprovechado, sino ilusionado y feliz por tomar parte en el puesto concreto que le corresponde para conseguir el fin común, que no es otro que la dilatación del Amor de Cristo.

### III. Comunión eclesial

«No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en Mí por la palabra de ellos para que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 20, 21)

#### El bien de unos se comunica a los otros

22.- Esta unidad de la Santísima Trinidad se refleja en la Iglesia como comunión de los bautizados -«los santos»- que viven la fe en Jesucristo mediante el amor fraterno y buscan trasmitirla por atracción, como Cristo atrae todo hacia Sí con la fuerza de su amor. La Iglesia *atrae* cuando vive en comunión, pues los discípulos del Señor somos reconocidos -y sólo somos reconocidos- cuando nos amamos unos a otros como Él nos amó (cf. Jn 13, 34; Rm 12, 4-13). La fuente de la comunión eclesial es el misterio de la Santísima Trinidad, modelo y meta del misterio de la Iglesia, «pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 5), llamada a ser en Cristo «como un sacramento o signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

23.- Nuestra fe católica, en el llamado *Credo de los Apóstoles*, nos invita a creer en «la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos...». El *Catecismo de la Iglesia Católica* subraya cómo estas dos verdades -la Santa Iglesia Católica y la comunión de los santos-, en realidad, no se distinguen, son la misma verdad de fe, porque la comunión de los santos es precisamente la Iglesia (cf. CIC 946). El mismo Catecismo, siguiendo la tradición oriental y occidental, desglosa su contenido con estas palabras: «*sancta sanctis* (lo que es santo para los que son santos) que expresan dos significados estrechamente relacionados: comunión en las cosas santas (*sancta*) y comunión entre las personas santas (*sancti*)» (n. 948). Citando a santo Tomás de Aquino, el Catecismo explica cómo todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros [...]. Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la Cabeza [...]. El bien de Cristo es comunicado a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia (Santo Tomás, symb.10). Así se hace patente que la comunión entre los bautizados no es obra humana, sino fruto de la iniciativa y de la gracia de Dios. Entre las *cosas santas* ocupa el lugar preeminente la Eucaristía, presencia sacramental de Cristo, muerto y resucitado para nuestra salvación. Los fieles participamos del sacrificio eucarístico y nos alimentamos con el Cuerpo y Sangre de Cristo (*sancta*) para crecer en la comunión (*koinonía*). Esta comunión es, por tanto, fruto de la Eucaristía y del Espíritu Santo y se expande por medio de los fieles al mundo entero.

## Los santos interceden por nosotros ante Dios

24.- Por otra parte, la comunión de los fieles abarca tanto la fraternidad de los que *peregrinamos* ahora en la Iglesia (*Ecclesia in terris*), como de los que ya gozan de la visión de Dios (*Ecclesia in patria*) y de los fieles difuntos que se purifican para ser recibidos en la gloria (*Ecclesia purgans*). Este es el fundamento de la veneración a los santos, en particular a la santísima Virgen María, Madre del Señor, a san José, a los santos protectores de nuestra Archidiócesis, san Juan Bautista, santa Eulalia, san Juan de Ribera, san Juan Macías...que nos ayudan con su intercesión ante Dios a favor nuestro y de la oración de toda la Iglesia por las almas del purgatorio, a las que podemos ayudar desde la tierra.

25.- Para explicar los bienes espirituales, podemos volver nuestra mirada a nuestros primeros hermanos en la fe, que compartían, con toda naturalidad y alegría, esa misma fe recibida de los Apóstoles del Señor o de sus discípulos inmediatos, y, con la fe y los sacramentos, compartían también los carismas, la caridad e, incluso, los bienes materiales. En la comunidad primitiva de Jerusalén, nos transmiten los Hechos de los Apóstoles, los discípulos «acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2, 42).

26.- Es significativo observar cómo el Catecismo de la Iglesia Católica se refiere a esta comunión de los fieles muchas veces, no explícitamente, sino, por así decir, de modo transversal, tanto cuando propone las principales verdades de la fe al referirse a la Santísima Trinidad, es decir, a Dios en sí mismo, a la intimidad de Dios, como al referirse a la historia de la salvación, al comenzar desde la creación del ser humano, a su imagen y semejanza, hasta la aparición visible de la Iglesia

*La plenitud de la imagen de Dios en el hombre no está tanto en cada persona aislada sino en la comunión de las personas unidas entre sí, a imagen de la Santísima Trinidad*

descrita como la comunión de los santos y como la única y universal familia de Dios. Es este un filón de pensamiento teológico muy rico y actual. En efecto, la dimensión comunitaria de la persona humana ha despertado un creciente interés a lo largo de los últimos decenios -sobre todo después de la segunda guerra mundial- tanto en la filosofía fenomenológica y personalista, como en la

teología. Principalmente a partir del Concilio Vaticano II, son frecuentes los estudios, las publicaciones, las predicaciones y catequesis, cursos de formación, conferencias etc., que ahondan en el misterio de Dios Amor, en el misterio de Dios como comunión de Personas, así como en el hecho de que la plenitud de la imagen de Dios en el hombre no está tanto en cada persona aislada sino en la comunión de las personas unidas entre sí, a imagen de la Santísima Trinidad. Lo más nuclear del misterio de la Iglesia, entrelazada con su estructura jerárquica -conforme al capítulo III de la Constitución conciliar *Lumen Gentium*-, es la unión, la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y con los demás fieles: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). De ahí que la expresión

«comuni3n» sea reconocida por la teologfa contemporfnea como una de las mejores, si no la mejor, para describir qu3 es la Iglesia.

#### **IV. La Eucaristfa, coraz3n de la comuni3n eclesial**

«Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y despu3s vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23-24)

#### **La vivencia de la comuni3n eclesial es fuente de fortaleza**

27.- Esta comuni3n entre los fieles se genera a trav3s del asentimiento humilde y confiado a las verdades de la fe, en la recepci3n y participaci3n de los sacramentos de la fe, en especial en el sacramento de la Eucaristfa, y en la uni3n filial con el Santo Padre y el Colegio de los Obispos, a quienes asisten los presb3teros, en quienes el mismo Se3or Jesucristo, Pontfice supremo, est3 presente en medio de sus fieles. Es la Eucaristfa el coraz3n de esta comuni3n eclesial. Es esta sorprendente y maravillosa auto-donaci3n actual de Jes3s en el sacrificio, en la comuni3n sacramental y en el sagrario, la que genera y refuerza en el dfa a dfa del peregrinar del Pueblo de Dios, la uni3n fraterna. Celebrar la Eucaristfa, participar de la Eucaristfa, en la Catedral o en la m3s humilde capilla de nuestra Archidi3cesis, es entrar en una realidad de uni3n fntima con la Santfssima Trinidad, principio y fin 3ltimo de nuestro existir, con la Iglesia entera y con toda la humanidad salvada por el sacrificio redentor de Cristo que allf se actualiza.

28.- La comuni3n, que queremos vivir en nuestra Archidi3cesis como objetivo concreto durante este a3o, dentro del Plan Pastoral, nos sitfa ante la realidad de

*Dios «ha elegido  
convocarnos como pueblo y  
no como seres aislados.  
Nadie se salva solo, esto es,  
ni como individuo aislado ni  
por sus propias fuerzas»*

una Iglesia particular que quiere vivir en virtud de la comuni3n con los *sancta*: a la escucha orante de la Palabra, con la participaci3n viva y consciente en los sacramentos, particularmente en la sagrada Eucaristfa, con los carismas que el Espfritu Santo suscita en nuestra Iglesia particular, en fntima comuni3n de fe con nuestros pastores, con el Obispo diocesano y los presb3teros, sus colaboradores en el ministerio

sacerdotal. Es solo en comuni3n con los *sancta* como nos podemos constituir en comuni3n de los santos (*sancti*), participando todos de la misma vida de Cristo. La comuni3n eclesial implica, pues, que ninguno que est3 unido a Cristo por la gracia pueda sentirse solo en la Iglesia; y, a la vez, que ninguno pueda considerar que crece como cristiano, como sacerdote ministerial, como persona consagrada en virtud de sus solas fuerzas, sino gracias a la ayuda que recibe de Cristo y de su Cuerpo m3stico. Es, por ello, la vivencia de la comuni3n eclesial fuente de fortaleza, de esperanza, de paz, de amor y, a la vez, de humildad.

29.- Ante la tentaci3n, muy presente en nuestros dfa, de ser cristianos sin Iglesia - sin la Palabra de Dios, sin los sacramentos, sin la jerarqufa- y las nuevas b3squedas

espirituales individualistas insistamos en que la fe en Jesucristo y la vida en Él no se dan al margen de la Iglesia como madre que nos engendró a la fe, como familia eclesial que nos nutre, fortalece y cuida con amor y nos libra del aislamiento del yo, haciéndonos vivir y gozar la comunión. La vocación cristiana es siempre eclesial, *convocación* por parte de Dios. Dios «ha elegido convocarnos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas» (EG 113; cf. LG 9).

### **Dejarse atraer por los brazos abiertos del Señor**

30.- Permitid que me detenga un poco más -por la importancia capital que tiene- en la Eucaristía como fuente y fuerza creadora de comunión entre los miembros de la Iglesia, precisamente porque une a cada una, a cada uno con el mismo Cristo: «participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a la comunión con Él y entre nosotros: “porque el pan es uno, somos uno en un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (1 Cor 10, 17)» (LG 7).

31.- Por eso, «la expresión paulina ‘la Iglesia es el Cuerpo de Cristo’ significa - como afirma la Carta a los Obispos de la Congregación de la Doctrina de la Fe de 1992 sobre la Iglesia como comunión- que la Eucaristía, en la que el Señor nos entrega su Cuerpo y nos transforma en un solo Cuerpo, es el lugar donde

*Quien pertenece a una Iglesia particular pertenece a todas las Iglesias, ya que la pertenencia a la Iglesia nunca es particular, sino, por su misma naturaleza, es siempre universal*

permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y, sin embargo, solo una, así como uno es Cristo» (n. 5). La Eucaristía rompe, por así decir, las necesarias determinaciones de dependencia jurídica. Especialmente, en la celebración de la Eucaristía, todo fiel se encuentra en *su* Iglesia, en la Iglesia de Cristo, pertenezca o no, desde el punto de vista jurídico canónico, a la diócesis, parroquia o comunidad donde tiene lugar la

celebración. Quien pertenece a una Iglesia particular pertenece a todas las Iglesias, ya que la pertenencia a la Iglesia nunca es particular, sino, por su misma naturaleza, es siempre universal (cf. n. 10).

32.- Del dejarse atraer por los brazos abiertos del Señor en la Eucaristía se sigue la inserción en su Cuerpo místico, que es la Iglesia, una e indivisible. También por esto, la existencia del ministerio de Pedro y sus sucesores en la Iglesia de Roma, fundamento visible de la unidad del Episcopado y de la Iglesia universal, está en profunda correspondencia con la índole eucarística de la Iglesia. El sacrificio eucarístico, aun celebrándose siempre en una particular comunidad cristiana, no es nunca celebración de esa sola comunidad. Ésta, recibiendo la presencia eucarística del Señor, recibe el don completo de la salvación, es decir, «todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo» (PO 5). Esa concreta comunidad cristiana se manifiesta, así, en su permanente peculiaridad,

visible como la imagen y verdadera presencia de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

33.- El Obispo, como sucesor de los Apóstoles y miembro del Colegio Episcopal con Pedro y bajo Pedro, es el principio y fundamento visible de la unidad y de la comunión en la Iglesia particular confiada a su ministerio episcopal. Unidad de la Eucaristía y unidad del Episcopado no son raíces independientes de la unidad de la Iglesia, porque Cristo ha instituido la Eucaristía y el sacerdocio como realidades esencialmente vinculadas la una a la otra (cf. LG 26). «El Episcopado es uno como una es la Eucaristía: el único sacrificio del único Cristo muerto y resucitado. La liturgia expresa de varios modos esta realidad, manifestando que toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no solo con el propio Obispo, sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el entero pueblo» (Ib. n. 14). La mención del Romano Pontífice, y del propio Obispo y de toda la Iglesia durante la celebración eucarística no expresa sólo un sentimiento de devoción por parte del Obispo o del sacerdote celebrante, sino que da testimonio de la autenticidad de la celebración. «También la concelebración eucarística, en las circunstancias y condiciones previstas, cuando está presidida por el Obispo y con la participación de los fieles, manifiesta admirablemente la unidad del sacerdocio de Cristo en la pluralidad de sus ministros, así como la unidad del sacrificio y de todo el Pueblo de Dios. La concelebración ayuda, además, a consolidar la fraternidad sacramental existente entre los presbíteros» (Congregación para el Clero, Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, n. 32).

34.- La unidad, a la que la diversidad de ministerios y carismas confiere el carácter de *comunión*, será tarea de todos construirla cada día en nuestra Iglesia particular de Mérida-Badajoz. Tengo mucha esperanza en ello. Aquí se decide nuestra autenticidad como comunidad de discípulos y testigos de Cristo.

#### **V. Consecuencias de la comunión**

«Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros» (Rm 12, 4-5)

#### **Apoyémonos mutuamente**

35.- Quiero recordaros, con todo el afecto del que soy capaz, que vivir en concreto esta comunión en nuestra Iglesia particular, que nos proponemos como objetivo en este primer año del Plan diocesano de pastoral, comporta, en primer lugar, vida de oración sincera y comprometida y de sacrificio generoso por nuestros hermanos en la Archidiócesis. Comporta, también, ayuda mutua, generosa y concreta, sin hacerla pesar o pagar, tanto espiritual como material, a todos los niveles de la vida parroquial o diocesana. Esta ayuda fraterna vivificará continuamente nuestra vida de fe y de entrega a Dios y a los demás, nos transmitirá energía, fuerza, apoyo, que se debe notar, constatar en el día a día.

36.- Todos tenemos necesidad de que se nos tenga en cuenta, de sentirnos útiles y partícipes. Esforcémonos por dar espacio a todos, rompiendo el círculo de los pocos que hacen mucho y pasar al de muchos que hacen más cada uno, pero de forma orgánica. Apoyémonos mutuamente, preocupémonos por los demás, salgamos de nuestros recintos cómodos para caminar con los otros, especialmente con los que sufren, lo están pasando mal por cualquier causa, con los pobres, con los excluidos.

37.- La comunión eclesial de la que hablamos es gracia de Dios, procede de Él y, por tanto, supera y va más allá de la pura filantropía o solidaridad humana. La comunión se fundamenta, en última instancia, en la paternidad de Dios que genera la fraternidad entre todos los hombres, de un modo del todo especial entre los bautizados. La fraternidad es la unión que se da entre hermanos y que consiste en un vínculo sobrenatural, generado en el bautismo, de cariño, respeto mutuo y ayuda sincera. Es una presencia y una ayuda que, muchas veces, no dependerá de la cercanía física. Por eso, esta comunión eclesial, si es auténtica, puede ayudar a todos y todos podemos vivirla con todos, aunque se encuentren físicamente lejanos. Una cosa es estar sólo por motivos de ministerio o de circunstancias humanas, familiares o profesionales y otra sentirse aislado, olvidado, no considerado por los demás; en definitiva, no amado ni apreciado. Esta es la soledad peligrosa. Una oveja aislada es casi siempre una oveja perdida, si el Buen Pastor no tuviere misericordia para ir en su busca.

38.- Apoyémonos unos en los otros como los naipes, como eslabones de una misma cadena, sintiendo hondamente la responsabilidad por los demás; responsabilidad vivida no solo en la oración sino en la totalidad de la vida. Los demás no esperan de nosotros nuestras cosas, sino a nosotros mismos, nuestro amor, nuestra entrega, la preocupación por su existencia, que no nos es indiferente. Santo Tomas de Aquino, haciendo eco a san Pablo, escribe: «en el cuerpo natural la operación de un miembro repercute en el bien de todo el cuerpo. En modo semejante, en el cuerpo espiritual que es la Iglesia. Y dado que todos los fieles son un solo cuerpo, el bien de uno se comunica al otro...Por eso, entre las doctrinas que nos entregaron los Apóstoles, se incluye la que hay una comunicación de bienes en la Iglesia» (*In Symb. Ap.*, a. 10). Dado su origen, ya que su fuente es el Amor de Dios hecho carne en el corazón de Cristo Jesús, la comunión entre nosotros, aunque visible no puede ser considerada como una realidad estática, pasiva o externa. La comunión eclesial pertenece al orden de la gracia: hace posible *el compartir* de los creyentes como categoría irrenunciable, no como ideal irrealizable aunque se pueda vivir a distintos niveles (cf. Hch 2, 42- 47; 4, 32-35); hace posible la comunión entre las distintas parroquias y comunidades a nivel diocesano y entre las Iglesias particulares a nivel de toda la Iglesia Católica (cf. Gal 2, 9; 2 Jn 1, 13); hace posible el amor de Cristo entre las hermanas y hermanos en la fe y con todos los hombres. Santo Tomas de Aquino también dice: «por la comunión de los santos obtenemos dos cosas: que el mérito de Cristo se comunique a todos y que el bien de uno se comunique al otro» (*In Symb. Ap.*, a.10). Es la convicción del Apóstol Pablo:

«completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo a beneficio de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24).

### **Con nuestros pecados influimos negativamente**

39.- Pero si con nuestra oración, abnegación y vida de entrega ayudamos grandemente a todo el Cuerpo de Cristo, también con nuestros pecados influimos

*El alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia toda y al mundo entero*

negativamente sobre el Cuerpo de Cristo y sobre la entera humanidad. Como enseñaba san Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Poenitentia* (1984), citando a la escritora francesa Elizabeth Laseur: «Toda alma que se eleva, eleva al mundo». A esta ley de la elevación se contrapone, por desgracia, la ley

del descenso, de suerte que se puede hablar de una «comunidad del pecado»- aunque, en verdad, en el pecado, no hay verdadera «comunidad»-, por la que el alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia toda y al mundo entero (cf. n. 16). Por ello es tan necesario el recurso frecuente al sacramento de la reconciliación.

40.- Os lo repito: la comunión de los fieles, que viven en amistad con Dios, nos sitúa ante la realidad de una Iglesia que vive en virtud de la comunión con los *sancta*: con la Palabra viva de Dios, proclamada y celebrada en los sacramentos y vivida en la vida ordinaria de los fieles (*sancti*): «La Iglesia vive de la Palabra y del Cuerpo de Cristo y, de esta manera, ella misma viene a ser Cuerpo de Cristo» (CIC 752). Por tanto, la comunión de los creyentes se basa en la unión que tenemos en un mismo Señor, un mismo Espíritu y un solo Padre; una misma fe, una misma esperanza y un mismo amor (cf. Ef 4, 1-16). El amor a los hombres se fundamenta en el amor de Dios, único amor fontal, omnipresente, sencillo, inteligente, recio y tierno a la vez.

41.- Esta comunión de los miembros de una comunidad cristiana no se rompe, sino que, al revés, se enriquece por la diversidad de servicios o dones recibidos del Espíritu Santo, pues toda variedad de dones tiende «a la adecuada organización de los santos, en las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo» (Ef 4, 12-13). Es más la diferencia es el único camino que hace posible la comunión y el diálogo frecuentes. Lo que estoy diciendo se expresa de una manera muy gráfica y muy adecuada en el n.º 42 de la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*: «La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5, 5), para hacer de todos nosotros “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32)».

42.- Si la comunión es fruto siempre de la diversidad esto significa que la diferencia es también don de Dios, don del Espíritu. Es algo que nos cuesta comprender y aceptar, que la diferencia sea también don de Dios. Es preciso tener clara esta idea: crearla, afirmarla y vivirla supone un cambio total de perspectiva en la vida cristiana. Es don del Espíritu, del Espíritu que procede del Padre y del Hijo



y que se manifiesta donde quiere, cuando quiere y como quiere; la diversidad y pluralidad son, por consiguiente, las características distintivas de los dones que la Trinidad continuamente concede a la humanidad y a la Iglesia.

43.- Desde esta perspectiva, la comunión y la vida espiritual que comporta, está íntimamente unida a la capacidad de acoger todos los dones del Espíritu: «la unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. 1 Col 12, 12)» (TMI 46).

## **VI. Lugares eclesiales para vivir la comunión**

«Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20)

### **La Iglesia católica se manifiesta en cada Iglesia Particular**

44.- «Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales... En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos a priori en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluir normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas» (NMI 45).

45.- Reunida y alimentada por la Palabra y la Eucaristía, la Iglesia católica existe y se manifiesta en cada Iglesia Particular, en comunión con el obispo de Roma. Esta es, como lo afirma el Concilio, «una porción del pueblo de Dios confiada a un obispo para que la apaciente con su presbiterio» (ChD 11). Como sabéis la Iglesia particular es totalmente Iglesia, pero no es toda la Iglesia. Es la realización concreta del misterio de la Iglesia Universal, en un determinado lugar y tiempo.

46.- La Diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral renovada y vigorosa, de

*Hemos de caminar juntos  
con las otras las parroquias,  
vivir en comunión dentro del  
arciprestazgo*

manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar Vida en el propio territorio. Este nuestro Plan Pastoral, que surge de un camino de variada participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los

nuevos desafíos. Porque un proyecto sólo es eficiente si cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada comunidad educativa, cada comunidad de vida consagrada, cada hermandad o cofradía, cada asociación o movimiento u otras realidades eclesiales se insertan activamente, según su propio modo, en la pastoral orgánica de cada Diócesis. Cada uno está llamado a evangelizar de un modo armónico e integrado en el Proyecto Pastoral de la Diócesis.

47.- El Plan Pastoral es una herramienta al servicio de la comunión misionera. Deberemos asumir y adaptar en nuestro entorno los objetivos que nos vaya marcando el plan, para trabajar al unísono, participando en las acciones diocesanas que se nos propongan cada curso.

48.- Hemos de caminar juntos con las otras las parroquias, vivir en comunión dentro del arciprestazgo, discernir en los Consejos Diocesanos los pasos que hemos de ir dando, coordinar la acción pastoral de todas las Delegaciones, y poner los ministerios, los carismas y las instituciones al servicio de la comunión misionera. Mi intención, como nos pide el Papa a todos los obispos (cf. EG 31), es fomentar la comunión dinámica, abierta y misionera en nuestra diócesis, alentando y promoviendo los mecanismos que propone el Código de Derecho Canónico.

49.- A los sacerdotes os pido que acrecentéis la comunión que habéis de tener con los hermanos del presbiterio. Vivid en fraternidad sacerdotal, cuidándoos unos a otros, compartiendo vida y misión. Que no haya un hermano sacerdote que llegue a sentirse solo. Cuidad particularmente a los sacerdotes enfermos y a aquellos que estén pasando por situaciones complicadas en sus vidas. Y no dejéis de orar por las vocaciones sacerdotales, acompañando, con la dirección espiritual y la amistad, a los jóvenes que veáis puedan ser candidatos para el sacerdocio.

50.- No perdamos de vista que la Diócesis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una comunidad misionera. Hemos de robustecer la conciencia misionera, saliendo al encuentro de quienes aún no creen en Cristo o viven como si no creyeran en Él y responder adecuadamente a los grandes problemas que hoy padecemos en Extremadura. Pero también, con espíritu materno, salgamos en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas.

### **Las parroquias, células vivas de la Iglesia**

51.- Entre las comunidades eclesiales, en las que viven y se forman los discípulos misioneros de Jesucristo, sobresalen las parroquias. Ellas son células vivas de la Iglesia y el lugar privilegiado en el que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y la comunión eclesial.

52.- Como nos decía san Juan Pablo II, la parroquia ha de ser «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas» (ChL 30). «Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero» (EG 28).

53.- Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente (cf. EG 111). El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad, porque su acción no se limita al ámbito individual, sino que abre siempre a las comunidades a la tarea misionera, así como ocurrió en Pentecostés (Cf. Hch 2, 1-13).

54.- La renovación de las parroquias exige reformular sus estructuras, para que sea una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión misionera. Todos han de participar en ella activamente. Hemos de renovar y dar vida a los organismos de participación parroquial.

55.- Cada comunidad parroquial está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles; y ha de estar abierta a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, todo ha de estar organizado de modo comunitario y responsable, siendo integradora de movimientos y asociaciones de apostolado u otras realidades eclesiales ya existentes, respetando también, allí donde se den, legítimas autonomías canónicas y pastorales.

56.- No olvidemos que la Eucaristía, signo de la unidad con todos, ha de ser la fuente y culmen de la vida cristiana. La Eucaristía, en la cual se fortalece la comunidad de los discípulos, es para la parroquia una escuela de comunión. Hagamos que nuestras parroquias sean siempre comunidades eucarísticas de las que ha de brotar la comunión misionera. Que de la Eucaristía nazcan comunidades misericordiosas «donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida nueva del Evangelio» (EG 114).

57.- La Iglesia está llamada a ser sacramento de la unidad de todo el género humano. Nuestra comunión con Dios es la fuente y el dinamismo para la comunión con nuestros hermanos. Los que formamos Iglesia hemos de reflejar en nuestros pueblos y ciudades, en los hogares y el trabajo, la gloria del amor de Dios, que es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo.

### **Comunidad solidaria**

58.- La Iglesia es una comunidad solidaria con las realidades humanas, preferentemente con los pobres. Si Jesús vino para que todos tengamos vida en plenitud, las parroquias y las instituciones eclesiales han de responder a las grandes necesidades de nuestros pueblos. Para ello, tienen que seguir el camino de Jesús siendo buenos samaritanos como Él.

59.- Cada parroquia e institución eclesial debe llegar a concretar en signos solidarios su compromiso social en los diversos medios en que ella se mueve, con toda «la imaginación de la caridad». No puede ser ajena a los grandes sufrimientos que viven muchos de nuestros contemporáneos que, con frecuencia, son pobreza escondidas. Toda auténtica misión unifica la preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas, para que todos alcancen la plenitud que Jesucristo ofrece.

60.- Hemos de *salir* para compartir la vida de nuestros hermanos. La alegría del evangelio «siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, de salir de sí, de caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá» (EG 21). Tenemos que repetir en los ambientes donde vivimos los gestos de misericordia de nuestro Señor y Maestro. Hemos de acoger y proteger a los pobres y a los marginados, invitar a la conversión a los pecadores, ocuparnos de los enfermos, defender a los pequeños y a los débiles, enseñar a perdonar y a amar a los enemigos, anunciar la misericordia divina sobre la humanidad e interceder por todos. Cristo y la Iglesia son inseparables. La Iglesia es Jesús hoy, en medio de nuestras calles y plazas.

61.- Hemos de sentirnos parte solidaria del mundo, aportar la propia experiencia de fraternidad y comunión, manifestar un modo nuevo de convivir y de compartir. Frente a una sociedad dominada por la ambición y la competitividad, por el individualismo y el «sálvese quien pueda», por la violencia y la marginación sistemática de los más débiles; en un mundo desgarrados por las divisiones, desigualdades, discriminaciones y egoísmos, los cristianos estamos llamado a testimoniar el Reino de Dios, reino de la justicia, del amor y de la paz, ofreciendo espacios de libertad y de comprensión, de amor sincero y de respeto de los derechos de todos.

No olvidemos que la comunión vivida en el Espíritu no es solo un dinamismo hacia dentro, también ha de serlo hacia fuera, ambos son necesarios y complementarios.

62.- El compromiso por la solidaridad, la justicia, la dignidad y los derechos humanos es un elemento constitutivo de la Iglesia y un deber que deriva de su fe en el amor de Dios por los hombres, y de su misión de ser signo e instrumento de unidad y paz en el mundo. Así, todas las relaciones para un cristiano se convierten en relaciones de amor, relaciones de comunión.

## **VII. Universalidad de la comunión**

«Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo y que no perezca la nación entera”. Esto no lo dijo por propio impulso, sino que por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 49-52)

63.- Este ideal de unidad es el mensaje que la Iglesia proclama e intenta llevar a todos los hombres sin distinción de razas, ya que, para la Iglesia, no hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios. El Concilio Vaticano II afirma que: «todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra (cf. Hch 17, 26) y tiene también un fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designio de salvación, se extiende a todos» (NA 1). Como enseña Santo Tomás (S. Th. I-II, q. 26, a. 3), la caridad es más que un mero afecto sensible o determinado apocas personas. La caridad (*dilectio*) expresa una determinación

firme de la voluntad. *Dilectio* deriva de *electio*, de elegir. Es un «querer querer», decidirse en Cristo a querer a todos, sin discriminación de ningún género. Que, en su esencia, la caridad sea una elección explica la realidad del amor universal, del amor a los «enemigos» o a quienes nos han perjudicado o tratado mal.

64.- Nuestra Archidiócesis, como parte de la Iglesia universal, tiene la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios ya que Ella constituye el germen y comienzo de este Reino en la tierra (cf. LG 5). En nuestra pequeñez, de hecho, así lo está haciendo y espero siga en el futuro haciéndolo en las diócesis de Chachapoyas y Cajamarca en Perú y en Zimbabwe. Lo que la Iglesia predica y actualiza por todas partes es que «el Hijo de Dios encarnado, príncipe de la paz, ha reconciliado por su cruz a todos los hombres con Dios, reconstruyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo. Así ha dado muerte en su propia carne al odio y, después del triunfo de su resurrección, ha derramado su Espíritu de amor en el corazón de los hombres» (GS 78).

65.- Queridos fieles, esa es nuestra estupenda misión en la tierra: ser constructores

*Es el mensaje que la Iglesia proclama e intenta llevar a todos los hombres sin distinción de razas, ya que, para la Iglesia, no hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios*

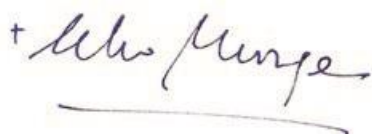
de comunión, auténticos constructores de paz, esforzándonos por construirla y rehacerla, siempre que sea preciso, a todos los niveles: personal, familiar, eclesial y social. Siendo nuestra naturaleza frágil y herida por el, pecado, es Cristo quien nos ofrece por medio de su Espíritu este don supremo del amor cristiano, de la comunión fraterna y de la paz verdadera.

Pido a nuestra Madre, Santa María de Guadalupe, nos conceda de su Hijo la gracia de

una verdadera comunión eclesial en esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz.

En Guadalupe, a 28 de febrero de 2017.

Con mi bendición



+Celso Morga Iruzubietza  
Arzobispo de Mérida Badajoz

